

PLINIO APULEYO MENDOZA

EL DÍA QUE
ENTERRAMOS
== LAS ==
ARMAS

Diseño de cubierta: Departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: Liliana Ospina

© Plinio Apuleyo Mendoza, 1974
© de esta edición Editorial Planeta Colombiana S. A., 2014
Calle 73 No. 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4227-3
ISBN 10: 958-42-4227-X

Primera edición: noviembre de 2014

Armada electrónica: Editorial Planeta Colombiana S. A.

Impresión y encuadernación:

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

A Manuel y Marie Claire.

CONTENIDO

EL DESERTOR.....	11
I.....	13
II.....	17
III.....	20
IV.....	23
V.....	31
VI.....	37
VII.....	44
VIII.....	46
IX.....	50
X.....	58
XI.....	64
XII.....	70
XIII.....	76
XIV.....	86

EL DÍA QUE ENTERRAMOS LAS ARMAS	89
DE NUEVO LOS PINOS.....	99
ESPEJISMO	115
PARÍS LA NUIT	127
PRIMER DÍA.....	141
EN ESTA HORA DE LA NOCHE	151

EL DESERTOR

I

Delante del porche había un jardín con hierbas descuidadas. El comején abría grietas en los postigos y las rejas estaban amarillas de orín. El clima, la humedad se lo va comiendo todo, pensaba Andrés aguardando a que abrieran la puerta: las maderas, el hierro, seguramente también las vísceras. Dios, qué fúnebre estoy. Es el domingo, el domingo. Le abrió doña Julia. Andrés percibió en seguida un penetrante aroma de alcohol en sus cabellos y adivinó la causa.

—Dolor de cabeza —dijo a manera de saludo.

—Está a punto de estallarme —se quejó ella—. Pase, Andrés.

Se llevó a la frente un pañuelo húmedo que estrujaba en la mano. Era una mujer gorda y madura de ojos desventurados, que parecía siempre irradiar infortunio.

—Ahí está ese pobre hombre —dijo señalando hacia el fondo de la galería.

El viejo Osorio dormitaba en una mecedora. En pijama, calzado con un par de zapatos viejos, apoyaba su cabeza en una mano y el codo en el brazo de la silla. En la otra mano sujetaba sus lentes. Andrés se quedó observándolo. Tenía mal aspecto. La camisa entreabierta de la pijama dejaba ver un pecho escuálido con rastros de vello gris.

—Toda la noche estuvo diciendo disparates —dijo doña Julia—. Hablaba en sueños con Ramiro. —Andrés se volvió hacia ella.

—¿Con Ramiro?—. Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. Estaba a su lado frotándose los cabellos con el pañuelo húmedo.

—Ya no sabe lo que dice.

El viejo Osorio acababa de abrir los ojos: oscuros, pequeños como los de un murciélago, lo examinaban con perplejidad a través de una bruma de sueño. Al fin pareció animarlos un destello de lucidez.

—Vamos al mar, colega —propuso.

Esperaba una respuesta.

—El mar me haría bien —insistió, recostando la cabeza en el espaldar de la mecedora; su apremio iba languideciendo hasta convertirse en un anhelo remoto—. Vamos a Santa Marta. Lindos almendros, caramba —sonrió—, lindos.

—Pero si no puedes dar tres pasos sin pararte a respirar...

Doña Julia, que había iniciado una recriminación, calló. El viejo había cerrado los ojos; le temblaban los labios.

—Lo veo muy mal —dijo Andrés—. ¿Qué dijo el médico?

—No hay nada que hacer —repuso ella—. Parece que la sangre no irriga bien el cerebro. El médico le preguntó: “¿Qué día es hoy, doctor Osorio?”, y no supo contestarle. Ni siquiera pudo decirle en qué año estamos.

Andrés le aceptó a doña Julia una taza de café. Sentado junto a ella en una mecedora del corredor, dejó errar la mirada por las flores del patio. El viejo estaba mal, probablemente iba a morir de un momento a otro. Se le veía en la cara. Era un buen hombre, pensó. Hacía años que se ocupaba de trabajos menudos para su firma de abogados. Andrés alzó los ojos y se sorprendió observando un hueco que había en el cielorraso del corredor. Doña Julia siguió su mirada.

—¿Sabe usted que hay ratas ahí arriba? —dijo—. Pasan al tejado por las ramas de un ciruelo. La casa se está cayendo a pedazos.

—Es una simple lámina que se ha caído.

—No, Andrés; hay goteras en todas partes. Un trozo de cielorraso se desplomó sobre la mesa del comedor después del último aguacero. El comején ha podrido las puertas —doña Julia parecía levantar con júbilo su inventario de calamidades—. Pero a este hombre nunca le ha importado nada —dijo señalando al viejo Osorio, que seguía dormitando en su mecedora—. Ahí lo ve usted: se está muriendo sin haberse querido tomar siquiera una radiografía. Siempre fue así: negligente, sin ambición.

Sin ambición. Andrés registró mentalmente la frase con una fascinación absorta. Para doña Julia el mundo se dividía en dos categorías de gentes: los que tenían ambición y los que carecían de ella. Su hijo no había tenido ambición. El viejo tampoco, y ahora todo derivaba al desastre. Por falta de ambición, aquel automóvil que había comprado en los años cuarenta se pudría en el garaje y sus pulmones estaban tan averiados como la casa. Una de las mejores casas de Barranquilla, decía doña Julia, en ese tiempo. Andrés estaba cansado de oírle añorar una prosperidad perdida.

Depositó la taza en el suelo y se levantó de la silla.

—Me voy, doña Julia. Si algo se le ofrece... A propósito, la oficina puede hacerse cargo de los gastos de la clínica.

—¡Colega!

El viejo lo llamó. La barbilla le temblaba violentamente y su cara tenía de nuevo una expresión de repentina ansiedad.

—Busque a Ramiro, colega. Dígale que venga. Quiero verlo.

Andrés acercó un taburete a la mecedora y se sentó frente al viejo.

—Doctor Osorio —le dijo suavemente—, usted sabe que Ramiro murió hace cuatro años. —El viejo lo oyó con una es-

pecie de estupor incrédulo. Gradualmente la tensión de su cara fue desapareciendo.

—Cierto, cierto —sonrió—. Perdona, colega.

Apoyó la cabeza en una mano. Al cabo de unos segundos se abandonó a una somnolencia alterada por espasmos que le estremecían la barbilla con temblores de escalofrío. Tenía manchas de café en la manga de la pijama.

Doña Julia acompañó a Andrés hasta la puerta.

—Y pensar que estamos en vísperas de carnaval —la oyó quejarse a sus espaldas—. Anoche había fiesta en todas partes.

Carnaval. Mala época para morir, pensó Andrés. En su imaginación vio un féretro seguido por comparsas enmascaradas.

—Mala época —dijo.

Cuando se volvió hacia doña Julia para despedirse, descubrió que estaba llorando. Se restregaba los ojos con el pañuelo.

—Siempre íbamos juntos a la batalla de flores —dijo—. Y ahora... Me voy a quedar muy sola, Andrés.

Andrés sintió una rigidez glacial en las mandíbulas: detestaba las efusiones, la compasión solicitada.

—Muchacho loco, nunca pensó en nosotros —suspiró ella—. Nunca pensó en mí.

—¿Quién, doña Julia?

—Ramiro. Si en vez de hacerse matar hubiera pensado en nosotros. Y todo para qué, ¿dígame? Nadie se acuerda de él.

—Quién sabe —dijo Andrés.

Cuando salió a la calle, se encontró de nuevo ante la perspectiva árida del domingo.

—Iré de todas maneras a la playa.

II

Pequeño, tímido, sigiloso, Osorito había entrado en su despacho llamándolo “compañero” para extrañeza de su secretaria. Andrés lo invitó a sentarse reprimiendo un fruncimiento de fastidio. Tipos como Osorito le resultaban ahora incómodos. Mitómanos, se daban aire de conspiradores hablando de las guerrillas, supuestos focos que estaban surgiendo en el Opón y en la cordillera Central, contactos, viajes a La Habana. Eran inofensivos, no hacían más que hablar, pero le quitaban tiempo. Andrés esperaba al menos que Osorito fuera breve. Pero no, se extendía en preámbulos ociosos mientras sus dedos jugaban con el cenicero. Quizá venía a pedirle dinero y no sabía cómo decírselo. Osorito: el diminutivo que le habían dado en la universidad convenía bien a su estatura, a su aire modesto y triste. Se olía que había pasado por colegio de curas, cualquiera sin esfuerzo habría podido imaginarlo de monaguillo, con un incensario en las manos. Andrés lo recordaba años atrás en Bogotá, en medio de la baraúnda de las reuniones estudiantiles, con una chaqueta de cuero negro cerrada hasta el cuello, hablando piadosamente de la lucha armada: un San Francisco de Asís predicando la guerra: “A la hora de la verdad, compañeros, todos formaremos parte del gran ejército revolucionario”. Lo habían expulsado de

las juventudes comunistas por guerrillero, por aventurerista: “un provocador”, llegaron a decir en su jerga insufrible. Daba risa, Osorito un provocador.

—¿En qué andas ahora? Quiero decir, ¿en qué grupo?

Andrés había lanzado la pregunta para liberarlo de preámbulos: si traía confidencias, aquélla sería la luz verde. Seguro, ahí estaba echando una discreta mirada hacia atrás. Estaban solos.

—Trabajo con el ELN —dijo bajando la voz.

Ahora hablaban de ejército; ¡qué esquizofrénicos!

—Ejército de Liberación Nacional —precisó Andrés, risueño—. ¿Y ya tienes listo el uniforme?

—Pertenezco al frente urbano, compañero —explicó, y la nuez de la hoga se le agitó inquieta—. Soy cuadro de enlace. Me hago cargo de conseguir ayuda para los compañeros que operan en el Opón, ropa y medicinas. Justamente venía a pedirle que nos ayudara... pecuniariamente. Lo que usted pueda darnos, compañero.

Parecía un fraile solicitando dinero para una escuelita de sordomudos. Ahora soy un idiota útil, pensó Andrés. El idiota útil que da dinero. La idea le resultaba amarga y a la vez divertida.

—Lo que ocurre, Osorito, es que no creo en nada de eso. —Le sorprendió el tono brusco de su propia voz.

Osorito estaba desconcertado; tenía la expresión alarmada y todavía incrédula del cura que oye decir a su feligrés más piadoso: “Padre, discúlpeme, pero no creo en Dios”.

—Pero usted siempre estuvo de acuerdo con nosotros...

—Tengo mis razones.

Perplejo, Osorito meditaba cuidadosamente sus palabras.

—Compañero —murmuró muy despacio—: todos tenemos a veces nuestras dudas y desalientos. Es natural. Estamos apenas en el comienzo de una lucha larga, muy larga.

—Tengo mis razones, Osorito. Pero aquí no vamos a discutir las. Otro día. En mi casa, si quieres.

Osorito se levantó con una sonrisa triste. No estaba ofendido; como el fraile que recoge limosnas, se había acostumbrado también a los rechazos. Le extendió la mano a Andrés.

—Compañero, yo sé que podemos contar con usted... algún día.

III

Conocía de memoria cada curva del camino, colega. Ahora viene la ciénaga, decía; ahora la huerta de los chinos, ahora el mar. Era un muchacho despierto, me parece estar viéndolo.

Como tantos otros domingos, el viejo Osorio iba a su lado, triturando recuerdos.

Andrés, las dos manos en el volante del automóvil, miraba pasar distraídamente las vallas del camino. Águila sin igual y siempre igual, láminas con propaganda de cerveza, de colchones, de neveras y compañías de seguros, desfilando vertiginosamente a su lado, sobre la polvorienta vegetación.

—Los comunistas le llenaron de cucarachas la cabeza, colega.

—¿Usted cree?

Lo oía como quien oye llover.

—Se gastaba en panfletos y hojitas la plata que yo le mandaba a Bogotá. Cayó en un foco de agitadores.

Ahora pasaban frente a los Jardines del Recuerdo. Más allá de los cuidados prados de grama con lápidas y ramitos de flores, se abría el vasto panorama del río y de los tajamares de Bocas de Ceniza.

—Muchacho majadero —suspiró el viejo. Andrés miraba pasar vallas y trupillos en el duro resplandor del sol. De pronto, a su derecha, apareció un brillo de aguas entre juncales amarillos.

—Está bonita la ciénaga.

El viejo observaba sin interés el agua rizada ligeramente por el viento.

—Bonita, sí.

Autos por la carretera: el habitual desfile de todos los domingos hacia el mar. En la recta, una camioneta llena de muchachos en traje de baño pasó delante de ellos. Los muchachos iban agitando en la mano toallas, camisas de colores.

—Van contentos —comentó el viejo—. ¡Pobres infelices! Si alguna vez ahorran cuatro pesos, es para gastarlos en ron blanco durante el carnaval.

Se volvió hacia Andrés.

—¿Usted cree que vale la pena morir por estos zambos?

Andrés se mordió los labios.

—Se lo dije una vez a Ramiro, colega —agregó el viejo.

—¿Y qué le dijo él?

—Se ofendió conmigo. Tomaba las cosas muy en serio. Cuando dejó la universidad, dejó de verme. ¿Ya se lo conté, verdad? Se vino a vivir al barrio de los Andes con una cualquiera.

—Era su esposa. ¿Por qué la llama así?

—Porque lo es. Por ahí anda esa mujer; por ahí la veo: puteando.

—Yo la conozco.

—Una cualquiera.

Cuando Andrés desvió por la carretera de Sabanilla, divisó el mar por encima de una fronda de cocoteros.

—Qué bello está el mar —suspiró el viejo—. Me acuerdo cuando yo era muchacho, en Santa Marta.

Pasaban ahora delante de un caserío escuálido, con gente sentada en los umbrales y dos cerdos gruñendo a la sombra de una palmera.

—¿Pero sabe una cosa?

—¿Cómo dice?

—Ramiro se acordó de mí cuando estaba en el monte. “La vida aquí es dura, pero ya estoy adaptado”, me decía. “A veces estoy en lugares muy calientes”.

Avanzaban en el automóvil por un camino trazado en la arena. Alrededor de las casetas donde se freían mojarras, había autos y camperos estacionados. Andrés sentía latir en su estómago el vacío abrasador del domingo.

El viejo, mordiéndose un palillo, contemplaba quietamente un ordenado vuelo de alcatraces, muy cerca del agua.

